

EL HOMBRE DE CAL, LA DAMA DE HIERRO Y LA NIEVE POR LOS TOBILLOS

EMILIO LOPEZ MENDEZ

EN Escocia, los 23 eran bajo cero. La nieve ascendía pegajosa tobillos arriba y de cuando en cuando soplaban remolinos y ventiscas que convertían a las calles de Londres en una peligrosa aventura: uno podía esperar que, al doblar una esquina y detrás de la nube de polvo de nieve que se levantaba, apareciese el Klondike y un aullante trineo cabalgado por Jack London cruzando Alaska. O Aníbal pasando los Alpes a lomos de elefantes, que hay gente para todo.

Casi igual, pero sin elefantes - a lo sumo un acartonado caballo de Troya-, llegó a Londres el presidente Calvo Sotelo y un séquito de ministro de Asuntos Exteriores, secretario de Estado para la Información, funcionarios varios y periodistas trotamundos. Día: 8 de enero; plan de acción: entrevista fugaz con la Primera Ministra Margaret Thatcher; almuerzo de trabajo; cuatro cositas para contentar a la prensa; aeropuerto y vuelta a Madrid que esta nieve no hay quien la aguante. Los tres temas que figuraron en la agenda del presidente viajero fueron: uno, adhesión de España a la Comunidad Económica Europea; dos, la invitación (le juro jefe, se ha utilizado esa palabra, invitación, no vea plumeros donde no los hay) a España para formar parte de la OTAN; y tres, Gibraltar. De acuerdo, jefe, no haré comentarios jocosos, como usted les llama, sobre la entrada de España en el Mercado Común, y ya sé que el tema OTAN es harina de otro costal. O sea, Gibraltar.

Hotel exquisitamente lujoso el de la rueda de prensa, calor insoportable y control inglés a la puerta: la tribu se ha puesto en movimiento, de los bolsillos surgen libretas, las tapas de plumas y bolígrafos sufren una impaciente chupada, se encienden focos, zumban magnetofones, se enfocan

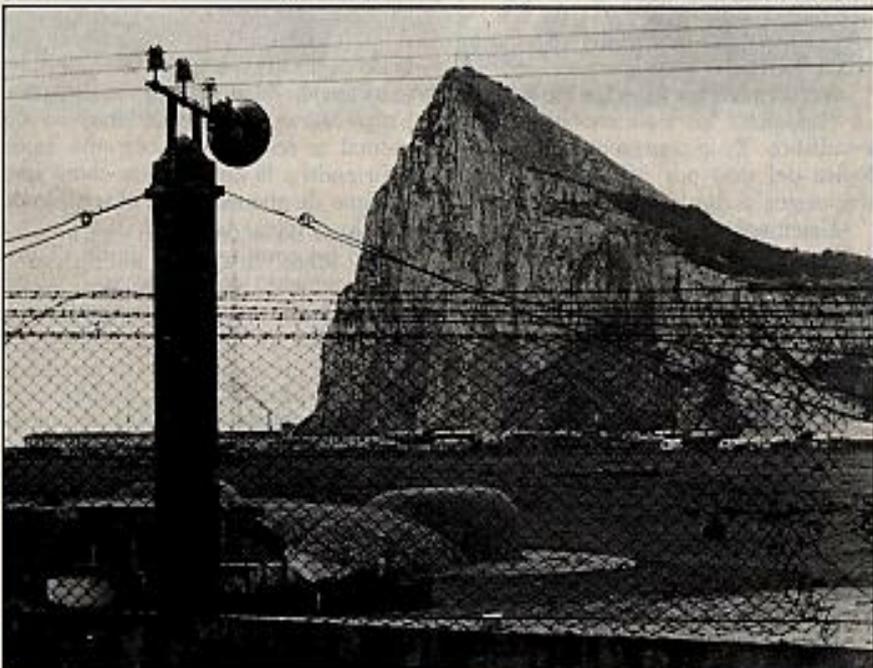
cámaras y se cambian objetivos. El calor aumenta por momentos mientras la nieve continúa abalanzándose sobre Londres. La función va a empezar. Todavía unos momentos y la tribu hispana -que, por otra parte, es la única que sabe español más o menos correctamente-, rodea a un audaz miembro del séquito embozado en capa toledana y dispuesto a relatar hasta los chistes en el 10 de Downing Street: «Y ella dijo que tenía muchas ganas de visitar España, pero no como turista (...) y él comenzó, "así como la nieve no ha impedido que nos podamos reunir" (...) y ambos reconocieron que "nuestras dos naciones tienen paralelismo y muchos puntos de coincidencia en la Historia, ambas han sido naciones imperiales y, aunque ello tenga algunos aspectos negativos, nos ha permitido tener una amplia perspectiva de comprensión

de la problemática mundial.» Dicho esto, van y hablan de Polonia, agárrese esa, jefe, unos días antes de que el feroz Haig arremetiese con improperios, advertencias y amenazas aterradoras en Bruselas, el hombre de cal y la dama de hierro departiendo amigablemente sobre Polonia.

Sigo. Sobre el escenario de madera forrada por una alfombra morada, una mesa alargada con copas vacías para aguas que calmarán sedes oratóricas, ceniceros de fondo publicitario y un par de rosas delante de una bandera española cuidadosamente colgada. Se hace la luz. Más luz. Silencio.

Entra en escena un señor (clic, clic, clic) con ese inconfundible aire areilzalesco que confieren las cunas nobles, en traje azulmarino de chaqueta cruzada, y en inglés de andar por casa dice: «Señores, soy el secretario

«El gobierno español, y la misma voluntad he visto en la señora Thatcher, está dispuesto a hacer todo lo posible para la reintegración de Gibraltar a España.»





de Estado para la Información, stop, tenemos 45 minutos para la rueda de prensa, stop, el presidente leerá un comunicado sobre la entrevista que ha mantenido esta mañana con la señora Thatcher, stop, iré nombrando uno a uno los nombres de los periodistas que han solicitado hacer una pregunta al presidente, stop, digan su nombre y el medio a que pertenecen.» Silencio. Se van acomodando los que faltaban, don Calvo Sotelo, don Pérez Llorca, el embajador don Arias Salgado, Fernando y el intérprete con acento de Oxford (clic, clic, clic, clic). Las cámaras ronronean.

—A ver, el primero, fulano de tal del «Guardian», pregunte, —dice el areilzalesco personaje.

—Señor presidente, Prime Minister...

—Bueno —responde inmutable el hombre de cal—, y no diría tanto. Mi Gobierno, y la misma voluntad he

visto en la señora Thatcher, está dispuesto a hacer todo lo que esté en sus manos para la reintegración de Gibraltar a España.

—El siguiente —lee el nombre del preguntador, y hace éste su pregunta.

—Me remito al comunicado que he leído. Nada más. Otra pregunta —responde el presidente.

Así se va desgranando un racimo de preguntas y unas repuestas que más parecen guillotinas y uno tiene la sensación de que allí no se dijo nada, que con las dos hojas entregadas al principio hubiera sido suficiente y todos habríamos retornado al calor del hogar después de caminar en la nieve hasta el metro más cercano. Pero la tribu tiene que informar, mantener viva la ilusión de que las personas importantes siempre dicen cosas importantes. Por eso, cuando el presidente abandona la sala que es una sauna, se produce una carrera a

«En el Tratado de Utrecht se exigía para la cesión del Peñón que no fuera cobijo de moros y judíos; pero cuando se cerró la frontera en 1969 los gibraltareños trajeron trabajadores marroquíes.»

empujones hacia los teletipos, los teléfonos (¿tienes monedas sueltas?, y siempre da el sablazo el bien remunerado jefe de sección de periódico importante de Madrid y traje-chaleco-corbata de seda para las circunstancias).

Cuando logro hablar con el jefe, me siega el tartamudeo inicial con un airado «eso ya lo dicen los teletipos. Qué más, qué más», y uno debe reconocer apesadumbrado que «nada más. Se lo juro», para hilvanar la historia de que en el Tratado de Utrecht de 1713, una de las condiciones que se exigían para la cesión del Peñón era que «no sería lugar de cobijo para moros ni judíos», y fíjese lo que es la vida, jefe, que cuando el general cerró las puertas en 1969 y los trabajadores de La Línea ya no pudieron entrar en la Roca, los gibraltareños trajeron trabajadores marroquíes, pasándose por allí la letra escrita..., pero el jefe ya había cortado con una alusión al gúisqui que no venía a cuento, por lo que no pude contarle la pregunta que le hice al presidente sobre los tejemanejes de la OTAN y eso de la conversión de Gibraltar en una base de utilización conjunta hispano-británica bajo tutela del Tratado del Atlántico Norte, que tanto ha comentado la prensa británica. Pero el teléfono se había convertido en una potente taladradora de mi oído izquierdo.

Le aseguro, jefe, que con la estufa al máximo, la botella al mínimo, escribiendo a máquina con guantes, dos pares de clacetiñes y aún tiritando, con el país cubierto de nieve, paralizado por esta ola de frío que más que ola es un maremoto y que dicen que viene del Artico y que tienen la culpa los americanos, unos sólo piensa en los grandes titulares de los periódicos de Londres: «El hijo de Maggie perdido en el Sahara», y en lo agradable que sería que me enviara al Sahara para cubrir la noticia del niño de la Thatcher, automovilista él, lanzado en un coche especialmente preparado, condicionado, patrocinado, asegurado y con una señora estupenda de copiloto, a correr el rally París-Dakar, (lo cual, dicho sea de paso, es una de las cosas buenas que se pueden hacer en esta época del año y con este frío que pela), y dejar Londres y sus nieblas y sus nieves y esas visitas que se avisan, se convocan, se alían, se cuecen y luego, cuando se sirven, son como el soufflé: todo aire. Casi ná, ni chicha ni limoná. ■